

El berlusconismo

Giovanni Orsina

Libera Università Internazionale
degli Studi Sociali Guido Carli di Roma
gorsina@luiss.it

Resumen: Este artículo pretende explicar el berlusconismo. Se considera tanto una manifestación italiana del cambio neoliberal de los años ochenta como de la crisis posdemocrática del cambio del siglo XX al XXI. En la primera parte se examinan las causas del éxito de Berlusconi. A corto plazo, la «revolución judicial» de 1992-1993, que llevó a la disolución de los partidos gubernamentales, privando a millones de electores anticomunistas de sus tradicionales representantes. A largo plazo, Berlusconi invirtió la tradición italiana según la cual el «país legal» está por delante del «país real», y propuso reducir el Estado, rebajar el nivel del conflicto político, simplificar el lenguaje político y sustituir a los políticos profesionales por empresarios y profesionales liberales. La segunda parte examina la evolución del berlusconismo: el cambio ideológico del liberalismo al conservadurismo; la incapacidad de crear un partido capaz de vivir con independencia de su líder; sus límites como fuerza de gobierno y la relevancia de la cesura de 2005-2006. El epílogo analiza por qué Italia no ha podido solucionar la crisis política que se inició a principios de los noventa y contextualiza los acontecimientos políticos más recientes dentro de aquella crisis.

Palabras clave: berlusconismo, Berlusconi, historia política, Italia, liberalismo, crisis política, Grillo.

Abstract: This essay aims at explaining Berlusconi-ism, which it considers an Italian manifestation of both the neoliberal turn of the 1980s and the post-democratic crisis of the late 20th and early 21st century. In the first section, the causes of Berlusconi's success are examined. The short-term one was the «judicial revolution» of 1992-1993 that

led to the dissolution of the governing parties, depriving millions of anti-communist voters of their traditional representatives. There were as well causes rooted in long-term phenomena. Berlusconi overturned an Italian tradition according to which the «legal country» is more advanced than the «real country». He proposed to roll back the state, lower the level of political strife, simplify the political language, and replace professional politicians with entrepreneurs and professionals. The second section analyses the evolution of Berlusconi-ism over time: the ideological shift from liberalism to conservatism; its inability to create a party that could live independently of its leader; the shortcomings of Berlusconi-ism as a governing force; the relevance of the 2005-2006 watershed. The epilogue considers why Italy has been unable to solve the crisis of politics that has opened up in the early 1990s, and places the most recent political events within that crisis.

Keywords: Berlusconi, Berlusconi, political history, Italy, liberalism, political crisis, Grillo.

El berlusconismo ha sido un fenómeno histórico extremadamente controvertido. En Italia ha suscitado polémicas y debates infinitos, así como una gran cantidad de interpretaciones fuertemente críticas y hostiles: unos verdaderos *essays in indignation*, como ha notado el economista Michele Salvati. Esas polémicas y esos debates se han reproducido también fuera de Italia, donde sus asperezas, como es inevitable, se han presentado de una forma aún más elemental y afilada¹. El problema, obviamente, no es que se tenga una opinión negativa acerca de Berlusconi y del berlusconismo —razones para tenerla hay de sobra—. El problema es que la actitud de fuerte hostilidad con la que este fenómeno ha sido abordado ha obstaculizado y retrasado considerablemente su comprensión. Así en Italia, y aún más fuera de sus fronteras, las vicisitudes políticas de Berlusconi han resultado prácticamente inexplicables: una especie de invasión bárbara procedente de no se sabe dónde; o, al contrario, la «revelación» de unos defectos del pueblo italiano tan arraigados, profundos y absolutos que adquieren un ca-

¹ Michele SALVATI: *Tre pezzi facili sull'Italia: democrazia, crisi economica, Berlusconi*, Bologna, Il Mulino, 2011, p. 11. Para la imagen de Berlusconi fuera de Italia, véase Alfonso BOTTI (ed.): «Berlusconi in Europa», monográfico de *Storia e problemi contemporanei*, 64 (2013).

rácter casi metafísico —defectos que debían explicar el berlusconismo, y cuya existencia quedaba demostrada por la presencia y los repetidos éxitos de Berlusconi, en un razonamiento circular que podía apoyarse, por lo tanto, sólo en la indignación—.

Aprovechando también el hecho de que la parábola política de Berlusconi se dirige ya hacia su conclusión —aunque en el momento en que estamos escribiendo todavía no haya concluido completamente—, este artículo observará el berlusconismo desde un punto de vista diferente del que ha sido adoptado por la mayoría de las interpretaciones producidas en los últimos veinte años. Intentará silenciar la indignación y hacer de manera que hable, en cambio, el análisis: intentará comprender, por lo tanto, las *razones* que han generado y alimentado el fenómeno y explicar por qué tantos millones de italianos han votado a Berlusconi a lo largo de tantos años². La comprensión del berlusconismo es, obviamente, importante en sí, y resulta indispensable para quienes se interesen a la historia política italiana —en particular, pero no sólo, de los últimos veinte años—. La comprensión del berlusconismo, sin embargo, puede tener cierta relevancia también más allá de los Alpes, prescindiendo de un interés específico por la península italiana: efectivamente, el fenómeno, si, por un lado, puede ser comprendido plenamente sólo si es situado dentro de la historia de Italia; por el otro, pertenece a la experiencia más amplia de la democracia occidental.

El berlusconismo es una manifestación tardía, que se ha producido mucho más en el plano retórico que en el terreno de las políticas públicas concretas, del viraje neoliberal que tuvo lugar, sobre todo en los países anglosajones, a principio de los ochenta. Al mismo tiempo, constituye también un ejemplo especialmente macroscópico y duradero de los procesos de transformación que en el último cuarto de siglo han afectado prácticamente a todas las democracias: la importancia creciente del liderazgo; la simplificación del lenguaje político; la centralidad de los medios de comunicación y sobre todo de la televisión; la promesa de soluciones sencillas e indoloras a los problemas históricos; la tendencia a comunicar más «en negativo» —contra alguien y/o algo— que «en positivo». En

² Hemos desarrollado plenamente este análisis en Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo nella storia d'Italia*, Venecia, Marsilio, 2013 (trad. ingl. *Berlusconi and Italy. A Historical Interpretation*, Basingstoke-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014).

ambos casos, tanto si se observa desde el punto de vista del neoliberalismo como desde el de la «posdemocracia», el berlusconismo debe ser considerado, al mismo tiempo, como consecuencia y causa de una crisis muy grave de lo político —en sí mismo y en sus relaciones con otros ámbitos, como el económico, el ético o el judicial—, además de como protagonista de un enfrentamiento feroz sobre la redefinición de sus límites. Una crisis de lo político que no es sólo italiana, pero que en Italia ha sido netamente más profunda que en otros países³.

En las páginas siguientes vamos a examinar las causas a corto y largo plazo del ascenso político de Berlusconi (primer apartado); describiremos de qué manera sus caracteres originarios han ido mutando desde 1994, año de su nacimiento, hasta el final de la primera década del nuevo siglo (segundo apartado); finalmente, intentaremos trazar un balance del fenómeno y de la etapa histórica y política de la que ha sido protagonista (tercer apartado).

Para una etiología del berlusconismo

En 1994, cuando decidió comprometerse en política —«[bajó] al campo», utilizando su propia metáfora futbolística—, Berlusconi poseía, como es bien sabido, un imperio empresarial extraordinariamente extenso, variado y ramificado por todo el territorio nacional, que comprendía la cadena televisiva privada de lejos más importante de Italia, además de un equipo de fútbol, el Milan, que justo en aquellos años estaba obteniendo grandes éxitos en Italia

³ La literatura sobre estos temas es muy amplia. Para una reciente presentación histórica de la «parábola» de la democracia, véase Jan-Werner MÜLLER: *Contesting Democracy. Political Ideas in Twentieth-Century Europe*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2011. Han sido especialmente útiles a la hora de insertar el berlusconismo en un marco internacional más amplio Bernard MANIN: *Principes du gouvernement représentatif*, París, Calmann-Lévy, 1995; Colin CROUCH: *Post-Democracy*, Cambridge, Polity Press, 2004, y Pierre ROSANVALLON: *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, París, Editions du Seuil, 2006. Se ocupa del caso italiano en perspectiva comparada Marco TARCHI: *Italia populista. Dal qualunquismo a Beppe Grillo*, Bolonia, Il Mulino, 2015. Se centra en la historicidad de la política y en la mutación de sus límites Willibald STEINMETZ, Ingrid GILCHER-HOLTEY y Heinz-Gerhard HAUPT (eds.): *Writing Political History Today*, Frankfurt, Campus Verlag, 2013.

y en Europa. Los estudiosos que han intentado explicar las razones del éxito político de Berlusconi han subrayado a menudo la importancia de los excepcionales recursos económicos, mediáticos y organizativos a su disposición. Asimismo, y quizás aún más a menudo, se han centrado en las formas de su actuación política: su habilidad en el uso de los medios de comunicación de masas, sobre todo, pero no sólo, la televisión; la planificación minuciosa y profesional de las campañas electorales; el lenguaje sencillo y eficaz; la elección de centrarse en propuestas programáticas elementales y de inmediato interés para los electores, y su capacidad de utilizar su propia biografía y su propio cuerpo como instrumentos de seducción⁴. Hay que precisar que en este artículo no se quiere sostener, desmintiendo esos estudios, que los recursos y las capacidades comunicativas de Berlusconi no hayan representado un factor importante de su éxito. Al contrario: claro está que han sido unas condiciones necesarias. Necesarias, pero no suficientes: televisiones, dinero y formas de propaganda no bastan para explicar su éxito. Lo que falta, para alcanzar una comprensión plena del fenómeno, es tomar en consideración la esfera propiamente política, que los estudiosos, también por las razones que hemos ilustrado en la introducción, han analizado mucho menos. Así, las próximas páginas van a examinar las causas políticas del ascenso de Berlusconi, tanto a corto como a largo plazo.

El berlusconismo, sobre todo si se interpreta como una manifestación de una crisis más general de lo político, no puede ser comprendido sin empezar el análisis desde el colapso del sistema de partidos italiano que se produjo a principios de los años noventa. Entre 1992 y 1994, como es sabido, una runfla de investigaciones judiciales puestas en marcha por la fiscalía de Milán y pasadas a la historia con el nombre de «Manos Limpias» desveló un sistema muy estructurado y ramificado de corrupción dirigido

⁴ Véanse, por ejemplo, Alessandro AMADORI: *Mi consenta. Metafore, messaggi e simboli: come Silvio Berlusconi ha conquistato il consenso degli italiani*, Milán, Scheiwiller, 2003; Alberto ABRUZZESE y Vincenzo SUSCA: *Tutto è Berlusconi. Radici, metafore e destinazione del tempo nuovo*, Milán, Lupetti, 2004; Marco BELPOLITI: *Il corpo del capo*, Parma, Guanda, 2009; Paolo MANCINI: *Between Commodification and Lifestyle Politics. Does Silvio Berlusconi provide a New Model of Politics for the Twenty-First Century?*, Oxford, Reuters Institute for the Study of Journalism, 2011, y Sofia VENTURA: *Il racconto del capo: Berlusconi e Sarkozy*, Roma-Bari, Laterza, 2012.

in primis a la financiación ilegal de los partidos políticos, un sistema que ha pasado a la historia con el nombre de «Tangentopoli». Las iniciativas de los fiscales de la República desencadenaron un terremoto político tan violento que en un breve lapso de tiempo barrió a los cinco partidos de gobierno —que en las elecciones celebradas en el abril de 1992, un mes y medio después de la puesta en marcha de las investigaciones, habían obtenido más del 50 por 100 de los votos—, dejando en pie sólo a las fuerzas de la oposición: el Partito Democratico della Sinistra (PDS) y Rifondazione Comunista, nacidos de la transformación del Partito Comunista Italiano (PCI), la Lega Nord y el neofascista Movimento Sociale Italiano.

No es este el lugar para reflexionar exhaustivamente sobre este momento histórico —una crisis política e institucional de extraordinaria magnitud generada por una investigación judicial—, aún más si consideramos que la cultura historiográfica y política italiana todavía está lejos de haberlo conceptualizado y metabolizado⁵. En este artículo nos interesan sobre todo dos consecuencias de los acontecimientos de «Tangentopoli» y «Manos Limpias», ambas relevantes para explicar la llegada del berlusconismo: el inicio de una vorágine desmesurada en el centro del sistema político italiano que, de repente, privó a millones de electores de sus puntos de referencia políticos; y la relación que estos electores tenían con la tradición comunista. Merece la pena hacer unas consideraciones a propósito de este segundo aspecto. Entre las fuerzas políticas sobrevividas al terremoto judicial, la que con toda evidencia iba a convertirse en políticamente hegemónica era el PDS, el principal heredero del PCI. Este resultado obviamente no podía gustar a la mayoría de aquellos veinte millones de electores que en 1992 habían seguido eligiendo a los partidos de gobierno. Aunque el comunismo histórico había ya acabado su trayectoria, no se podía pensar que décadas de anticomunismo fueran olvidadas tan rápidamente. Además, el anticomunismo italiano había sido alimentado no sólo por la hostilidad hacia el comunismo, sino también, y en medida significativa,

⁵ Para una panorámica general, véanse Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope. Storia della Seconda Repubblica, 1989-2011*, Roma-Bari, Laterza, 2012, y VVAA: *L'Italia contemporanea dagli anni Ottanta a oggi*, 3 vols., Roma, Carocci, 2014.

por la hostilidad hacia los comunistas, considerados como un grupo de poder sectario, agresivo y autorreferencial, no laico ni pluralista. Y este grupo de poder no había desaparecido con la crisis del comunismo mundial, dado que los dirigentes del PDS procedían totalmente del PCI. Muchos electores de los partidos de gobierno consideraban una victoria del PDS como una paradoja y una injusticia. Una paradoja porque, como habría dicho Berlusconi en 1999, el Muro de Berlín acababa cayéndose así «en la cabeza de los vencedores» en lugar que «en la cabeza de los vencidos»⁶. Y una injusticia porque ellos estaban convencidos no sólo de que el Partido Comunista no había sido ajeno al sistema de poder republicano, sino de que había participado plenamente a los mecanismos de financiación ilegal de los partidos que los jueces habían desvelado. Esos electores, en fin, habían apoyado con convicción la actuación de los magistrados contra los partidos que ellos mismos habían votado, pero no habían previsto y no aceptaban el hecho de que quienes sacasen provecho de la situación fuesen los poscomunistas.

El vacío en el centro del espacio político, la actitud de disponibilidad hacia lo nuevo por parte de millones de electores que se habían quedado sin puntos de referencia políticos, la persistencia del anticomunismo en las formas que acabamos de describir y, finalmente, la capacidad de Berlusconi de aliarse con dos de los partidos que sobrevivieron a la tormenta judicial —dos partidos en las antípodas bajo muchos puntos de vista, es decir, el Movimento Sociale, de cultura neofascista, y la Lega Nord, con un marcado carácter secesionista—, son razones capaces de explicar mucho de la extraordinaria afirmación electoral de la coalición berlusconiana en 1994. Hay que recordar que el partido fundado por Berlusconi sólo unas semanas antes de las elecciones del 27 de marzo, Forza Italia, en la votación proporcional para la Cámara de los Diputados obtuvo más de ocho millones de sufragios, el 21 por 100. Sin embargo, los factores coyunturales a corto plazo no consiguen dar cuenta completamente de la fuerza que tuvo entonces el llamamiento de Berlusconi, del entusiasmo que suscitó o de la duración considerable de su trayectoria política. En el berlusconismo hubo más, y se necesita una mayor profundización para entenderlo.

⁶ En Silvio BERLUSCONI: *L'Italia che ho in mente: i discorsi di Silvio Berlusconi*, Milán, Mondadori, 2000, p. 79.

Mi tesis, expresada de forma sintética, es que Berlusconi tuvo éxito no sólo por las razones ya indicadas, sino también porque supo dar la vuelta a una manera antigua y consolidada de pensar la relación entre gobernantes y gobernados, una manera antigua y consolidada, pero que había entrado claramente en crisis entre los años sesenta y los noventa⁷. En la historia de Italia— obviamente bajo formas muy diferentes en los tres regímenes que se han sucedido en la Península, es decir, el liberal, el fascista y el republicano— siempre ha tenido gran relevancia una serie de convicciones entrelazadas entre sí: que el país llevaba siglos hundido en una condición de atraso crónico; que podía salir de dicha condición solamente por medio de una obra urgente y dramática de «corrección» material y moral; y que esta obra de «corrección» podían realizarla sólo unos sujetos políticos tales como, por ejemplo, los partidos, el Estado, una revolución, etc. Estas convicciones se habían apoyado en dos prejuicios: un prejuicio negativo sobre el «país real», considerado moral y materialmente atrasado; y otro positivo sobre el «país legal», reputado, en cambio, virtuoso y capaz de cumplir una labor rápida, eficaz y progresiva de modernización.

Estos dos prejuicios, que se remontan por lo menos al Risorgimento, entre los primeros años sesenta y los primeros noventa se fueron debilitando en medida considerable. Italia experimentó una fase de crecimiento sin precedentes, el llamado «milagro económico», y, si bien se puede afirmar que el atraso moral y material no fueron por eso completamente superados, resulta innegable que a finales del siglo xx el país se ha convertido en algo totalmente diferente de lo que era en los cincuenta. En los ochenta, en particular, la toma de conciencia del crecimiento alimentó un cierto orgullo nacional, generando un verdadero «mito» de la sociedad civil italiana que llegó a afectar transversalmente a todas las fuerzas políticas y que tuvo relevancia también en el exterior⁸. Al mismo tiempo,

⁷ Véase Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo...*, en particular los capítulos I, II y III.

⁸ Sobre los ochenta, véase Marco GERVASONI: *Storia d'Italia degli anni Ottanta. Quando eravamo moderni*, Venecia, Marsilio, 2010. Sobre el «mito» de la sociedad civil, véanse Alfio MASTROPAOLO: *Antipolitica. All'origine della crisi italiana*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2000; íd.: «Italie: quand la politique invente la société civile», *Revue française de science politique*, 51 (2001), pp. 621-636, e íd.: «A democracy bereft of parties: anti-political uses of civil society in Italy», en Bruno

los partidos asisitieron al debilitamiento progresivo y considerable de su propia capacidad de representar a una sociedad que estaba mutando tan rápidamente: un proceso de «deterioro» de la política que alcanzó su cenit precisamente con la crisis judicial a principios de los años noventa.

Berlusconi no hizo otra cosa que atar los cabos de este proceso, dando la vuelta a la tradición según la cual el país real tenía que ser puesto bajo la tutela del país legal: si la sociedad civil se había ya convertido en adulta, mientras que la política había enseñado todos sus límites, entonces había llegado el momento de que el país real no sólo se emancipara del país legal, sino también de que tomara plenamente su control y lo transformara a su propia imagen y semejanza. «Italia es el país que amo»: así empieza el discurso videograbado con el cual, el 26 de enero de 1994, Berlusconi anuncia su «bajada al campo». Los discursos siguientes habrían demostrado que no se trataba de una simple manifestación de patriotismo —dicha frase se habría podido interpretar de manera extensiva, *grosso modo* de la siguiente forma: «A mí Italia me gusta así, como es ahora, y no tengo intención de cambiarla». «Los italianos», como habría escrito con gran claridad Gianni Baget Bozzo, uno de los principales ideólogos del berlusconismo, «son un pueblo virtuoso, tanto en sentido moral como en sentido técnico. Nuestra moral y nuestras costumbres son medidas con un legalismo abstracto. El apañarse italiano (que al fin y al cabo quiere decir organizarse) puede convertirse en un vicio, como cualquier otra capacidad natural e histórica, pero en sí es un bien natural»⁹.

El «vuelco» berlusconiano de la tradición italiana fundada en la supremacía de la política y de las instituciones públicas sobre la sociedad civil se plasmó en tres órdenes de propuestas, relativas respectivamente al Estado, a la política y a la clase política. En primer lugar, citando explícitamente los ejemplos anglosajones de That-

JOBERT y Beate KOHLER KOCH (eds.): *Changing Images of Civil Society. From protest to governance*, Londres-Nueva York, Routledge, 2008.

⁹ El texto del discurso de Berlusconi está en Silvio BERLUSCONI: *L'Italia che ho in mente...* La videograbación se puede ver en el enlace: <http://www.youtube.com/watch?v=3OIQ762Qh-A> (consultado el 1 de abril de 2015). El texto de Baget Bozzo lo hemos leído en 2013 en el enlace http://www.ragionpolitica.it/testo_2.html; desafortunadamente, en el momento en el que estamos escribiendo este artículo ya no está accesible.

cher y Reagan (y también el español de José María Aznar), Berlusconi sostuvo que el ámbito de la intervención del Estado tenía que ser reducido de manera considerable. Menos impuestos, un menor gasto público, menos controles, menos reglas, menos burocracia:

«... algo nuevo respecto a la historia del siglo xx, una historia completamente permeada por el estatismo, por aquel sistema administrativo que ha sido introducido por la derecha histórica después de la unificación de Italia. Es un sistema administrativo que todavía nos enjaula, mientras que la realidad de nuestras cien ciudades es mucho más cercana al modelo anglosajón [...] He explicado a los líderes del Partido Popular Europeo que Forza Italia significa también lucha contra este estatismo que nos aflige, que ha afligido todo el siglo xx, que se ha consolidado con Giolitti, con Mussolini, con la propia DC»¹⁰.

Además, Berlusconi propuso que el Estado italiano empezara a hacer las cosas que tenía que seguir haciendo de manera diferente: dejando de pensar en sí mismo como en una estructura de control, represión y reeducación de un pueblo del que había que desconfiar, y comenzando, en cambio, a actuar como una agencia encargada de ayudar y sostener a los italianos virtuosos. Se trataba, por lo tanto, de pasar de un «gobierno hosco y ajeno a la vida cotidiana de nuestra gente» a un «Estado amigo [...] al servicio de los ciudadanos», que no intimidara a los italianos sino que, al contrario, les garantizara el «derecho a no tener miedo»¹¹.

En segundo lugar, así como el Estado, también la política según Berlusconi habría debido, por un lado, reducir notablemente su ámbito de intervención, haciéndose menos invasora y ambiciosa, y ocupándose de estimular y sostener, no de guiar o sustituir, la actividad espontánea de la sociedad civil; por el otro, habría tenido que mutar completamente su piel y lenguaje, dejando de centrarse en sí misma, en sus propias divisiones ideológicas internas y en las luchas para el poder —la política «de las peleas, de las palabras, de los chismorreos, de los vetos cruzados, de los viejos rencores, de las negociaciones debajo de la mesa»—, y empezando a interesarse más

¹⁰ Silvio BERLUSCONI: *L'Italia che ho in mente...*, p. 102.

¹¹ Las citas proceden de Silvio BERLUSCONI: *Discorsi per la democrazia*, Milán, Mondadori, 2001, p. 32, e íd.: *L'Italia che ho in mente...*, pp. 38-39 y 131.

bien por las concretas iniciativas de gestión de la comunidad —«la política del realizar, del hacer, del hacer las cosas»—. Además, la política debía comenzar a hablar el mismo idioma de los hombres corrientes, sencillo, concreto, lleno de sentido común. En 2001, en el Senado, Berlusconi afirma: «Me preguntan qué es la nueva política». Y contesta:

«es el fundar la demanda de consenso en un compromiso meticulosamente formalizado, es la transformación de la promesa en un contrato público que no prevé escapatorias, es el fin de las cortinas de humo y de las jergas incomprensibles para los que no son profesionales del sector, es el reconocimiento del hecho de que las instituciones tienen que acercarse a la sociedad y, consecuentemente, obedecer a las mismas obligaciones contractuales que están en la base de la convivencia civil»¹².

Berlusconi había expresado un concepto muy similar el 18 de abril de 1998, en la clausura del primer congreso de Forza Italia —celebrado significativamente en el cincuenta aniversario de las primeras elecciones republicanas—, en lo que probablemente es su discurso ideológicamente más completo. Merece la pena citarlo por extenso porque, además de contener una apología de «los valores sencillos de los buenos ciudadanos», pone bien de relieve también el tema de las virtudes de la sociedad civil italiana:

«Saludo en vosotros que estáis aquí hoy, en nuestros ocho millones de electores, al pueblo de la libertad, aquel pueblo que el 18 de abril de 1948 eligió la democracia, eligió Occidente; el pueblo que mantuvo Italia anclada en la democracia, mientras que muchos intelectuales —excepto algunos valientes espíritus libres— se amparaban bajo las banderas rojas; aquel pueblo laborioso y tenaz que, entre los escombros de la guerra, supo convertir un país destrozado y subdesarrollado en uno de los países más prósperos del mundo; aquel pueblo que es la mayoría en Italia, y que el 27 de marzo de 1994 se ha reconocido en Forza Italia por los mismos valores de 1948, por aquellos mismos principios en los que también nosotros creemos y que constituyen el fundamento de nuestro compromiso civil y político. Esos valores que no son las complicadas abstracciones ideológicas de

¹² Las citas proceden de Silvio BERLUSCONI: *L'Italia che ho in mente...*, p. 20, e íd.: *La forza di un sogno: i discorsi per cambiare l'Italia*, Milán, Mondadori, 2004, pp. 211-212 y 192-193, respectivamente.

los politólogos y de los politiqueros, sino los valores simples y fundamentales de los buenos ciudadanos, que son, en definitiva, los valores que fundan todas las grandes democracias occidentales»¹³.

Finalmente, la sociedad civil —es ésta la tercera propuesta de Berlusconi— habría debido fijar su propia supremacía sobre la política de manera que en las cúspides de las instituciones públicas se instalaran, en lugar de los políticos profesionales, sus propios mejores exponentes: personas «expertas más en la vida y sus durezas que en las malicias de la política de palacio»¹⁴. Así, para resolver las dificultades del país, el berlusconismo imaginaba una especie de «invasión» de la política por parte de una clase dirigente procedente de carreras no políticas, sobre todo, pero no sólo, empresariales¹⁵.

El éxito de Berlusconi, a la luz de lo que hemos dicho, puede parecer ahora menos inexplicable de lo que a menudo ha aparecido. Atribuir a la política todas las responsabilidades de la crisis italiana era plausible —mejor dicho, casi inevitable— inmediatamente después de «Tangentopoli»; y sostener al mismo tiempo las virtudes de la sociedad civil equivalía a proponer una manera sencilla, rápida y linear para resolver los problemas del país. La idea de generar una nueva clase «política-no-política» podía ser leída por muchos como una especie de revancha: la revancha de un país que durante años había sido colonizado por la política, y que finalmente podía no sólo quitarse aquel yugo de encima, sino incluso contraatacar, siendo ahora él quien colonizaba la política. Y en el momento en el que planteaba estas propuestas Berlusconi era creíble: no sólo era un empresario de éxito, sino que en los ochenta su cadena, Mediaset, había sido uno de los vectores principales del «renacimiento» de la sociedad civil, proponiendo un modelo de televisión diametralmente opuesto respecto al de la televisión pública, la RAI —fuertemente pedagógica, por lo menos en sus aspiraciones, y estrictamente controlada por los partidos—¹⁶. Los estudios sobre

¹³ Silvio BERLUSCONI: *Discorsi per la democrazia...*, pp. 280-281.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 33-34.

¹⁵ Ha subrayado mucho este aspecto del berlusconismo Donatella CAMPUS: *L'antipolitica al governo. De Gaulle, Reagan, Berlusconi*, Bolonia, Il Mulino, 2006.

¹⁶ Enrico Caniglia, para subrayar la coherencia entre la biografía de Berlusconi y su propuesta política, ha acuñado la eficaz expresión de «persona-

el electorado italiano realizados en los últimos veinte años muestran cómo los elementos que hemos ilustrado hasta ahora fueron efectivamente confluyendo en el voto para Berlusconi¹⁷.

La parábola histórica del berlusconismo

Los caracteres originarios del berlusconismo han sido presentados ya en el apartado anterior y coinciden sustancialmente con las razones a largo plazo que hemos aducido para explicar su éxito. Para resumir muy brevemente: en el momento de su «bajada al campo», en 1994, la propuesta política de Berlusconi, en primer lugar, preveía la que él mismo llamó una «revolución liberal», inspirada explícitamente en los ejemplos proporcionados en los ochenta por Reagan y Thatcher (y en los noventa por Aznar); en segundo lugar, planteaba un cambio igualmente profundo no sólo de formas, lenguaje y prioridad de la política, sino también de la importancia que ésta había tenido hasta entonces en el desarrollo de la historia nacional y, finalmente, llamaba a la «invasión» de las instituciones por parte de una clase política totalmente nueva, procedente de la sociedad civil, y en particular de la clase empresarial. Durante casi una década, desde 1994 hasta los primeros años del nuevo siglo, a pesar de las circunstancias cambiantes y con obvias variaciones en el énfasis y en los detalles, Berlusconi en sus discursos continuó defendiendo esencialmente la misma oferta política, asentada sobre estos tres «pilares». De hecho, era una oferta que, como se ha visto, se ajustaba al electorado. Y él conservaba todavía su credibilidad: había gobernado sólo unos pocos meses en 1994 —meses que se podían presentar con facilidad como absolutamente insuficientes para la realización de su programa—, y luego había estado siempre en la oposición hasta la victoria electoral de 2001.

programa»: Enrico CANIGLIA: *Berlusconi, Perot e Collor come political outsider. Media, marketing e sondaggi nella costruzione del consenso politico*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2000.

¹⁷ Es una cantidad muy elevada de estudios, que aquí no puede ser analizada plenamente. Para una profundización de la cuestión, véase Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo...*, cap. IV.

Si damos por supuesta la dependencia casi completa del berlusconismo respecto a su líder Berlusconi, el hecho de que los discursos del líder, desde los exordios políticos hasta el principio del siglo XXI, siguieran insistiendo en los mismos diagnósticos y en proponer las mismas terapias, no puede ser reputado como un elemento irrelevante. Pero, por otro lado, es verdad también que ya desde la segunda mitad de los años noventa, prescindiendo de lo que decía Berlusconi, los caracteres originarios del berlusconismo empezaron a cambiar y su carga «revolucionaria» comenzó a aflojarse. Y este proceso se produjo en tres planos distintos, aunque estrechamente conectados entre sí. En primer lugar, ya en las elecciones generales de 1996 —las segundas, después de las de 1994, en las que se presentaba Forza Italia— aparecieron las señales de un cambio de rumbo a nivel de clase política: numerosos diputados salientes no volvieron a presentarse, mientras que presentaron su candidatura muchas personas que habían participado en la vida política antes del terremoto judicial de 1992-1994. Consecuentemente, de 1994 a 1996, el porcentaje de políticos «expertos» entre los parlamentarios de Forza Italia casi se duplicó —aunque manteniéndose inferior al de los otros partidos—. Esta labor de recuperación de los «náufragos» continuó también en los años siguientes —a nivel sobre todo local, pero también nacional—¹⁸. En segundo lugar, siempre en la legislatura 1996-2001, el berlusconismo realizó un esfuerzo relevante de reorganización y radicación territorial: Forza Italia, por un lado, evolucionó de movimiento a un partido propiamente dicho, con inscritos, órganos colegiales y reglas para la selección de la clase dirigente, y, por otro, trabajó para construir consenso en previsión del voto nacional de 2001¹⁹. En tercer lugar, en términos ideológicos, el berlusconismo empezó a moverse de las originarias posturas liberales hacia posturas más moderadas, conservadoras y católicas²⁰.

¹⁸ A este propósito, véanse los estudios de Luca VERZICHELLI: «La classe politica nella transizione», en Roberto D'ALIMONTE y Stefano BARTOLINI (eds.): *Maggioritario per caso. Le elezioni politiche del 1996*, Bologna, Il Mulino, 1997, e íd.: «Da un ceto parlamentare all'altro. Il mutamento del personale legislativo italiano», en Roberto D'ALIMONTE y Stefano BARTOLINI (eds.): *Maggioritario finalmente? La transizione elettorale 1994-2001*, Bologna, Il Mulino, 2002, pp. 319-361.

¹⁹ Véase sobre todo Emanuela POLI: *Forza Italia. Strutture, leadership e radicamento territoriale*, Bologna, Il Mulino, 2001.

²⁰ La primera denuncia estructurada de la transformación ideológica de

Reorganización, radicación territorial, selección de una clase política «experta» y mutación ideológica fueron de la mano, entrelazadas la una con la otra y fortaleciéndose mutuamente; encontraron una verificación emblemática en 1998, cuando Forza Italia entró en el Partido Popular Europeo, y han sido interpretadas, razonablemente, como síntomas de la «normalización» del berlusconismo. Síntomas del marchitarse, por lo menos en parte, de su ambición originaria de renovar profundamente la vida pública italiana imponiendo un modelo muy ligero de organización partidista, seleccionando una élite desprovista de experiencias políticas previas y poniendo en marcha una «revolución liberal». No es casual que el protagonista principal de la labor de reestructuración de Forza Italia fuese un ex demócrata cristiano, Claudio Scajola, y no es casual tampoco que los que se opusieron a su proyecto fueran los *homines novi* de procedencia empresarial que habían flanqueado a Berlusconi en los comienzos. Sin embargo, este proceso evolutivo encontró un obstáculo de gran relevancia precisamente en la persona de su líder. Por lo que se refiere a la ideología, ya hemos notado cómo los caracteres originarios de la propuesta política berlusconiana —liberales, populistas y «revolucionarios»— marcaron de forma sustancialmente constante los discursos públicos de Berlusconi hasta los primeros años del nuevo siglo. Un razonamiento parecido se puede hacer a propósito de la organización: el líder preexistía al partido, no le estaba sometido, al fin y al cabo lo controlaba y frenaba, por lo tanto, su plena institucionalización.

En la legislatura 2001-2006, el berlusconismo tal como lo hemos ido describiendo hasta ahora maduró —o, se podría decir también, se agotó—. En primer lugar, el líder afirmó definitivamente su preeminencia sobre el partido, provocando el fracaso del in-

Forza Italia fue probablemente el libro, de significativo título, de Franco RIZZO: *Da Einaudi a Gedda. La meteora liberale di Forza Italia*, Pasian di Prato, Campanotto, 2001. Véanse también, por la presencia de temas liberales o temas sociales en los programas de Forza Italia desde 1994 hasta 2006, Carlo RUZZA y Stefano FELLA: *Re-inventing the Italian Right. Territorial politics, populism and «post-fascism»*, Abingdon-Nueva York, Routledge, 2009, p. 132, fig. 5.3, que parece confirmar la disminución tendencial, aunque no lineal, del liberalismo económico. Véase, finalmente, Andrea MARINO: *Forza Italia. Formazione e sviluppo del Centro Destra in Italia (1993-2001)*, tesis doctoral, Università degli Studi di Salerno, 2012.

tento de institucionalizarlo: la labor puesta en marcha a finales de los noventa no sólo no fue continuada en el nuevo siglo, sino que, al contrario, lo poco que ya había sido hecho terminó por ser deshecho. La culminación de este proceso de «deconstrucción» se alcanzó probablemente en 2007-2008, cuando Berlusconi, que mientras tanto había vuelto a la oposición, disolvió Forza Italia y creó un nuevo partido, el Popolo della Libertà (PDL). Esta decisión, teóricamente, habría debido servir para que se consolidara el patrimonio político magmático que se había ido acumulando a lo largo de los años y para que se homologara al *mainstream* conservador europeo, emancipándose finalmente de su fundador. Pero, en realidad, se trató de una jugada sobre todo táctica e instrumental: una respuesta táctica a la creación, por parte de la izquierda, del Partido Democrático (PD); e instrumental para la reafirmación del predominio absoluto del liderazgo de Berlusconi sobre sus «criaturas» políticas²¹. Luego, a finales de 2013, el PDL fue disuelto y Forza Italia, refundada: son acontecimientos posteriores y pertenecientes a una fase histórica diferente, pero que confirman una vez más la señalada subordinación plena de las organizaciones y de sus siglas a la personalidad del líder que se había consolidado, precisamente, entre 2001 y 2006.

Además, en aquellos mismos años, se fortaleció la tendencia del berlusconismo a orientarse más hacia el polo conservador que hacia el liberal, una tendencia que, como se ha dicho más arriba, se había manifestado ya en la segunda mitad de los años noventa²². Fue, por lo menos en parte, una consecuencia del 11 de septiembre: con el ataque a las torres gemelas Berlusconi encontró una política exterior, pero bajo muchos aspectos perdió una política económica, o por lo menos vio dificultarse aún más las condiciones, que ya no eran las de la mitad de los noventa, por no hablar de los ochenta. En la evolución ideológica del centroderecha influyó también la relevancia creciente de los temas éticos y biopolíticos que han marcado el principio del nuevo siglo, y que en Italia alcanza-

²¹ Mauro CALISE: *La terza repubblica. Partiti contro presidenti*, Roma-Bari, Laterza, 2006; Caterina PAOLUCCI: «The nature of Forza Italia and the Italian transition», *Journal of Southern Europe and the Balkans*, 8 (2006), pp. 163-178, y Chiara MORONI: *Da Forza Italia al Popolo della Libertà*, Roma, Carocci, 2008.

²² Simona COLARIZI y Marco GERVASONI, *La tela di Penelope...*, pp. 124-137.

ron uno de sus picos con la celebración del referéndum sobre la reproducción asistida en 2005. La Carta de los Valores de Forza Italia de 2004, subrayando con fuerza los principios occidentales y la ligazón entre Europa y Estado Unidos, rechazando el relativismo ético y conectando estrechamente liberalismo y catolicismo, demuestra cuál era el clima cultural de esa fase histórica. De todas formas, hay que notar que el documento se inscribe en el campo liberal, aunque en su vertiente conservadora, y se preocupa por reafirmar su adhesión a una concepción «no salvaje» del mercado y de la libertad económica²³.

La consecuencia más relevante de los cinco años (2001-2006) en los que Berlusconi estuvo en el Gobierno, sin embargo, consistió en el evidente desgaste de su liderazgo. Este desgaste queda demostrado, en primer lugar, por sus propios discursos. Desde 1994 hasta el principio del nuevo siglo, como hemos dicho antes, sus actuaciones públicas no variaron mucho, ni en el tono ni en los contenidos. En 2005, en cambio —después de una grave derrota sufrida en las elecciones regionales, que parecía preanunciar otra igualmente severa en las elecciones generales del año sucesivo—, el tono varió hasta el punto de condicionar también los contenidos: el enfoque optimista, positivo, constructivo y programático de los últimos años noventa dejó plenamente paso a una actitud justificatoria, recriminatoria y negativa²⁴.

Justificatoria porque Berlusconi, en lugar de mirar hacia el futuro como había hecho hasta entonces, empezó a mirar hacia el pasado, es decir, a reivindicar los resultados positivos obtenidos por sus gobiernos. Recriminatorio porque intentó descargar sobre otros factores y actores las responsabilidades por las muchas promesas no cumplidas: sobre la imposibilidad de controlar la política económica por parte de un Gobierno nacional (si bien es cierto que los compromisos del Pacto de Estabilidad y Crecimiento re-

²³ FORZA ITALIA: *Carta dei valori di Forza Italia*, Roma, 2004, http://download.repubblica.it/pdf/forzaitalia_valori1.pdf (consultado el 1 de abril de 2015).

²⁴ Véanse los discursos recopilados en Silvio BERLUSCONI: *Verso il partito della libertà: l'identità, i valori, il progetto*, Milán, Mondadori, 2006; véase también Franca RONCAROLO: «Modelli di campaigning. Le strategie comunicative di Berlusconi e Prodi nella campagna permanente italiana», en Paolo MANCINI (ed.): *La maratona di Prodi e lo sprint di Berlusconi. La campagna elettorale 2006*, Roma, Carocci, 2007, pp. 77-108.

dujeron el margen de maniobra económico de los Gobiernos italianos a partir de finales de los años noventa); sobre las fuerzas del centro izquierda por la situación que habían dejado en 2001 y por la manera en la que habían hecho oposición y, sobre todo, sobre los partidos menores que habían sido sus aliados en la mayoría gubernamental, que, según él, le había obstaculizado y debilitado. Negativo porque, al haber adoptado una actitud tan lejana de la optimista de cuatro o cinco años antes, el líder de Forza Italia ya no podía pedir con mucha convicción un voto *para* su propia coalición, y así empezó a pedir uno *contra* la coalición adversaria. Como ha observado el experto en sondeos Nando Pagnoncelli, de 2001 a 2006 Berlusconi «supo sustituir el sueño con el miedo»²⁵. El desgaste del liderazgo berlusconiano quedó demostrado también, de todas formas, por su electorado, que, por un lado, en 2006 juzgaba negativamente la experiencia de gobierno que acababa de concluir, y también de cara al futuro tenía escasa confianza en la posibilidad de que la coalición de centroderecha supiera resolver efectivamente los problemas del país y, por el otro, y consecuentemente, resultaba mucho menos sensible al componente programático del berlusconismo de lo que lo había sido en las elecciones anteriores, en 2001²⁶.

Cinco años de gobierno, una legislatura entera, habían demostrado que Berlusconi no era capaz de renovar Italia como había prometido que haría. Es posible sostener que las elecciones de 2006, certificando este «fracaso», representaron un punto de viraje no sólo para el berlusconismo, sino también para el entero sistema político italiano. Volveremos a este asunto en el epílogo. Pero, antes de llegar a las conclusiones, es oportuno profundizar en dos cuestiones que se han quedado todavía sin respuesta: por qué Berlusconi no ha sido capaz de cumplir sus promesas y por qué, a pesar de que los resultados de la legislatura 2001-2006 decep-

²⁵ En Bruno VESPA: *Nel segno del Cavaliere*, Milán, Mondadori, 2010, pp. 218-219.

²⁶ Para el juicio del electorado de centro derecha sobre el quinquenio de Gobierno de Berlusconi, véase ITANES: *Dov'è la vittoria? Il voto del 2006 raccontato dagli italiani*, Bologna, Il Mulino, 2006, pp. 216-217 y 222, tablas 13.2 y 13.5. Para una comparación entre las elecciones de 2001 y las de 2006, véase Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo...*, pp. 150-151 y 192-193.

cionasen al electorado berlusconiano, Berlusconi perdió sólo por poco las elecciones de 2006 y luego en 2008 obtuvo su máximo triunfo electoral.

Aquí no es posible, obviamente, analizar de manera exhaustiva las graves insuficiencias del berlusconismo de gobierno. Nos limitaremos, por lo tanto, a subrayar la presencia en su seno de dos contradicciones, lo suficientemente profundas como para minar desde el principio no sólo su coherencia ideológica, sino también su capacidad realizadora. En primer lugar, el berlusconismo quería actuar políticamente pero estaba bastante desprovisto de recursos propiamente políticos — estructuras y redes organizativas, raíces culturales, experiencia administrativa—. Como hemos dicho más arriba, esta debilidad era presentada como un punto fuerte: la virginidad política se convertía en garantía de renovación y de vuelco en las relaciones entre las instituciones públicas y la sociedad civil. Pero, una vez que la propaganda había obtenido éxito y el partido de Berlusconi había conseguido alcanzar el poder —local o estatal—, la que en la comunicación había sido una fuerza se convertía ahora en una debilidad: diletantismo, inexperiencia, vaguedad. Todo lo contrario de aquella eficiencia que Berlusconi, fuerte por sus éxitos empresariales, había prometido a los italianos. Y eso tenía aún más relevancia porque el berlusconismo era hostil, a nivel retórico y programático, al aparato público, al que atribuía las principales responsabilidades por los problemas del país y que afirmaba debía ser redimensionado de manera drástica en sus costes y en sus poderes. Y el aparato público, lógicamente, reaccionaba oponiendo al personal gubernamental berlusconiano una hostilidad equivalente y votando ampliamente por la izquierda en las elecciones.

La segunda contradicción es incluso más grave que la primera. El berlusconismo, como se ha dicho, se basaba en la suposición de que el país real había ya madurado hasta el punto que podía y quería deshacerse de un país legal considerado demasiado pesado e invasor de la esfera civil. Pero no prestaba la debida atención a dos problemas: el primero consistía en el hecho de que la Italia «real» era extremadamente heterogénea, y la sociedad civil en el sur no era por ejemplo tan vital y autónoma como en el norte; el segundo, relacionado con el primero, era que la actuación estatal, si en muchos casos era efectivamente percibida como un peso y un problema, en muchos otros casos era solicitada y aceptada con complacencia. La

realidad histórica, en fin, era mucho más complicada de como la presentaba el berlusconismo, que proponía soluciones rápidas e indoloras: propuestas que tenían un gran impacto comunicativo, pero que creaban expectativas que no podían ser satisfechas.

Contestar a la segunda pregunta —por qué, a pesar de las decepciones de la legislatura 2001-2006, los italianos han seguido votando por Berlusconi— es más sencillo: porque también la coalición de centro izquierda había decepcionado cuando, de 1996 a 2001, había estado en el Gobierno; durante los cinco años siguientes, estando en la oposición, no se había renovado —en 2006 volvió a presentar la candidatura de Romano Prodi a la jefatura de Gobierno, como ya había hecho diez años antes—; y aparecía profundamente dividida en su seno, incluso más que la de centro derecha—. Al enfocar buena parte de la campaña electoral de 2006 alrededor de un mensaje negativo —no votéis *por* mí, sino *contra* ellos—, por lo tanto, una vez más Berlusconi había demostrado ser un intérprete perspicaz del espíritu público: los italianos estaban decepcionados y desalentados, no esperaban poder obtener lo que deseaban y por eso tendían a elegir no ya a los candidatos que más les gustaban, sino a los que menos les disgustaban. Finalmente, el resultado de las elecciones de 2008 —que, como se ha dicho, Berlusconi ha ganado ampliamente— queda explicado por la fragilidad y la inestabilidad extremas que habían caracterizado el Gobierno de centro izquierda en el bienio 2006-2008.

Epílogo: para un balance del berlusconismo

Como ya hemos notado, no sólo la historiografía sino también la conciencia pública italiana, después de más de dos décadas, bajo muchos puntos de vista tienen todavía que lidiar de manera exhaustiva con la crisis que ha afectado a la República a principios de los noventa. Pero no hay duda de que este acontecimiento ha abierto una notable «ventana de oportunidades» para la política italiana: la posibilidad de superar por fin el bloqueo de la Guerra Fría, a causa del cual el Partido Comunista no podía acceder al Gobierno ni la Democrazia Cristiana ir a la oposición, y pasar a un sistema más eficiente y democrático en el que todas las fuerzas políticas estuvieran legitimadas para gobernar. Al «bajar al campo» en 1994, Berlus-

coni se había presentado como el fundador de uno de los dos pilares de este nuevo orden bipolar: «me gustaría poder concluir mi aventura... en la historia política del País», habría dicho en 2005, «dejando como legado un sistema compuesto por dos fuerzas: la Casa de los moderados y la Casa de la izquierda, que se enfrenten, como en las grandes democracias, y que garanticen al país estabilidad de gobierno y, con ésta, bienestar, justicia y una mayor libertad»²⁷. Es innegable que efectivamente él ha desempeñado dicha función «bipolarizadora»: no sólo porque sin él no habría existido una coalición de centro derecha, sino también porque, de 1994 a 2011, la entera dialéctica política nacional ha girado casi completamente alrededor de la dicotomía berlusconismo/antiberlusconismo. Gracias también a Berlusconi, por lo tanto, los italianos han podido escoger, por primera vez en casi ciento cincuenta años, entre una alternativa de coaliciones de gobierno.

Sin embargo, la «República bipolar» que empezó a tomar forma en 1994 ha funcionado bastante mal. Aquí vamos a subrayar sólo dos razones de su disfuncionalidad, una cultural y otra institucional. En primer lugar, los dos bandos, de centro izquierda y centro derecha, no se han enfrentado sólo en el terreno político, acerca de las diferentes soluciones que proponían al país, sino que se han contrapuesto —recuperando temas y reflejos pertenecientes a la época de la Guerra Fría— de manera más radical, negándose mutuamente la legitimidad. Ya hemos hablado del uso que Berlusconi ha hecho del anticomunismo. Sus adversarios, por su parte, han sostenido que él era un peligro para la democracia, el creador de un nuevo autoritarismo mediático, y han negado por lo tanto la inteligencia y/o la moralidad de sus electores —retomando en estos casos muchos elementos de la tradición antifascista que se había consolidado en la segunda mitad del siglo XX—²⁸. De aquí surge, por lo tanto, aquel «bipolarismo negativo» que hemos mencionado al analizar las elec-

²⁷ Silvio BERLUSCONI: *Verso il partito della libertà...*, p. 95.

²⁸ Sobre la dialéctica berlusconismo/antiberlusconismo, véase Giovanni BELARDELLI: *La catastrofe della politica nell'Italia contemporanea. Per una storia della seconda repubblica*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2014, en particular el capítulo 2, «Berlusconismo e antiberlusconismo. La “guerra civile fredda” della seconda Repubblica». Sobre la relación entre antiberlusconismo y tradición antifascista, véase Giovanni ORSINA: «Antifascismo e antiberlusconismo. Percorsi di una tradizione ideologica», en Angelo VENTRONE (ed.): *L'ossessione del nemico*, Roma, Donzelli, 2006.

ciones de 2006: a pesar de que entonces los dos bandos habían gobernado ya durante una legislatura cada uno y no habían sido capaces de renovarse, el «peligro berlusconiano», por un lado, y el «peligro comunista», por el otro, los seguían manteniendo de pie, avivando sus raíces electorales. En segundo lugar, la bipolaridad habría debido apoyarse en una reforma constitucional: los intentos de modificar la Carta de 1948 que se han sucedido entre 1996 y 2006, en cambio, han caído en el vacío, también, pero no sólo, a causa de los procesos de delegitimación mutua entre los dos bandos.

«Bloqueada» en una situación de mal funcionamiento, la Italia bipolar no ha sabido resolver los problemas abiertos por la crisis de 1992-1994. Dado que, como hemos dicho al principio de este ensayo, aquella había sido en primer lugar una crisis de la política, el no resolverla ha implicado no conseguir redefinir los límites del ámbito político, repensar sus relaciones con otros ámbitos, devolverle dignidad y credibilidad. El berlusconismo ha construido su propaganda alrededor del mensaje antipolítico provocado por el terremoto judicial de «Tangentopoli» y ha ligado a ese mensaje su triple propuesta de reducción de la intervención del Estado, de renovación de la vida pública y de creación de una nueva elite procedente del mundo empresarial. Pero no ha sido capaz de realizar esta propuesta, y así no sólo no ha resuelto la crisis, sino que la ha empeorado. Los partidos de izquierda y centro izquierda, por su parte, en muchos casos han reivindicado la importancia y la autonomía de la política, pero interpretándola como se interpretaba antes de «Tangentopoli», es decir, de una forma que el país ya había rechazado; en otros casos, en cambio, también ellos han imaginado, a través de un razonamiento especular al de Berlusconi, que la política hubiera debido ser «invadida» por lógicas ajenas, sobre todo por la lógica ética y la judicial.

La imposibilidad de devolver a la política un equilibrio, un mínimo de capacidad de decisión y unos límites razonablemente estables ha contribuido a hacer que Italia haya sido incapaz de adecuarse a las reglas europeas que no sólo había aceptado, sino que había incluso contribuido a escribir. Así, la crisis de la deuda soberana de 2011 ha sido generada también por este desequilibrio entre «compromisos externos» y «capacidades internas». Es posible afirmar también que dicho desequilibrio ya había provocado «Tangentopoli», y en este sentido 2011 tiene que ser leído en continui-

dad con la fase 1992-1994, como parte de una única, prolongada y nunca resuelta crisis de la política. Esta línea de razonamiento permite explicar los acontecimientos posteriores a 2011: el Gobierno tecnocrático de Monti, encargado de adecuar Italia a los objetivos económicos que la Unión Europea y los Gobiernos europeos estaban consensuando en 2011-2012, en sustitución de una política que ya se había mostrado claramente incapaz; el fracaso del Partido Democratico en las elecciones de febrero de 2013 —fracaso generado por la inhabilidad para comprender el hecho de que la de 2011 había sido una crisis no sólo del berlusconismo, sino del sistema político por entero que había tomado forma en 1994, y que había tenido en Berlusconi su principal eje—; el éxito extraordinario, en aquellas mismas elecciones, del Movimento 5 Stelle de Beppe Grillo, portador de la enésima promesa de regenerar la política, en este caso gracias a la movilización de la gente común hecha posible por internet²⁹.

En el momento en que escribimos estas líneas, en abril de 2015, Italia todavía está haciendo frente a los problemas surgidos en los primeros años noventa, nunca verdaderamente resueltos. Aunque todavía esté moviendo sus primeros pasos, no es imposible sostener que el actual jefe de Gobierno, Matteo Renzi —un político profesional surgido en el seno del Partito Democratico que, más que cualquier otro partido, ha salvaguardado una cultura organizativa «tradicional»—, esté intentando redefinir los límites y poderes de la política, y devolverle un mínimo de fuerza y credibilidad. La labor de Renzi, bajo varios puntos de vista, puede ser leída también como una especie de balance del berlusconismo. En primer lugar porque el joven presidente del gobierno ha tomado conciencia del fracaso de la bipolaridad negativa y peleona nacida en 1994, y ha evitado con muchísimo cuidado recorrer aquellos caminos del antiberlusconismo que en los últimos veinte años han sido muy transitados por la izquierda italiana, en detrimento suyo y del país. En segundo lugar porque ha recuperado no pocos elementos programáticos que habían sido propios del berlusconismo, como la reforma del mercado laboral y la de las instituciones públicas. Tanto es así que el error más grave del líder de Forza Ita-

²⁹ Para un análisis de los resultados electorales de 2013, véase ITANES: *Voto amaro. Disincanto e crisi economica nelle elezioni del 2013*, Bologna, Il Mulino, 2013.

lia, si se lo observa desde esta perspectiva «renziana», parece haber consistido más en el no realizar que en el prometer. En tercer lugar, y sobre todo, porque sus formas de hacer política han tomado mucho de Berlusconi, llevando sus innovaciones incluso más allá: la comunicación rápida y sencilla, no exenta de rasgos demagógicos y populistas; el llamamiento ecuménico e interclasista, no dirigido sólo a los tradicionales «cotos de caza» electorales de la izquierda; la marcada personalización; el estilo de toma de decisión muy fuerte, impaciente con respecto a compromisos, contrapesos, intereses particulares y cuerpos intermedios³⁰. Concluyendo, quizás esto queda, para bien o para mal, como el principal legado de Berlusconi: el haber transformado en profundidad y de manera permanente la cultura política italiana. Tanto es así que ha obligado su principal adversario, el Partito Democratico, a adaptarse a esta transformación.

[Traducción de Emanuele Treglia]

³⁰ Para las primeras reflexiones sobre el estilo político de Matteo Renzi, véanse, en el ámbito periodístico, Marco DAMILANO: *La Repubblica del Selfie. Dalla Meglio Gioventù a Matteo Renzi*, Milán, Rizzoli, 2015, y, en el ámbito académico, Sofia VENTURA: *Renzi & Co. Il racconto dell'era nuova*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2015.